

RESEÑAS / REVIEWS

JUAN MANUEL SANTANA PÉREZ y GERMÁN SANTANA PÉREZ, *Puertas en el Mar. Islas africanas atlánticas en el Antiguo Régimen*, Valencia, Tirant lo Blanch, 2022, pp. 373. ISBN: 9788418656880.

Hay algo en el hilo conductor de este libro que recuerda que sus autores se formaron y crecieron como historiadores siguiendo los postulados de una historia total. Si Pierre Vilar reflexionó hace ya más de medio siglo acerca de las relaciones entre los modos de producción y una estructura social en la que determinadas «reglas» presiden la obtención por parte del hombre de ciertos recursos naturales, condicionan las relaciones interpersonales a través de agrupaciones espontáneas o institucionalizadas y dan pie a justificaciones intelectuales o mitológicas de esas relaciones, Juan Manuel Santana Pérez y Germán Santana Pérez no parecen haber olvidado esas enseñanzas al asomarse a la Macaronesia desde su privilegiado observatorio en la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria. En los tiempos que corren, una historia que lucha contra una inercia de inspiración *événementielle* –muy a menudo construida a golpe de centenarios y efemérides que, concluidos los fastos, son rápidamente olvidados– es todavía una referencia necesaria e imprescindible, tal y como demuestran ambos de una forma natural a lo largo de los doce capítulos que dan cuerpo a esta obra. El libro se erige, en consecuencia, en una útil panorámica que sintetiza de manera certera buena parte de los estudios que se han venido realizando sobre esta región histórica en los últimos años, y lo hace además con una prosa fácil y un lenguaje muy accesible.

En *Puertas en el Mar. Islas africanas atlánticas en el Antiguo Régimen*, sus autores presentan una visión globalizadora de los archipiélagos africanos del océano Atlántico. Por sus páginas, y de una forma integrada, pasan revista a Canarias, Madeira (con la isla de Porto Santo), las Salvajes, Cabo Verde y las islas del Golfo de Guinea, sin dejar atrás la remota y estratégica isla de Santa Elena, quizás la más aislada de cuantas estudian. Hay, pues, un esfuerzo evidente por hacer converger todos estos espacios macaronésicos más allá de las lógicas imperiales en clave portuguesa o española, y en ello la obra es un buen ejemplo de un modo de hacer plenamente consolidado entre los historiadores del mundo ibérico. Desde los avances en el diálogo académico hispano-portugués que se afianzó en los años ochenta del siglo pasado gracias a figuras como Fernando Bouza o António Manuel Hespanha, muchos han sido los historiadores que han seguido esa línea que ya había reivindicado con anterioridad Vitorino Magalhães Godinho. Este último, autor de *Os Descobrimentos e a Economia Mundial*, apostó por esa historia total a la que me he referido, antes incluso de hacer carrera en Francia con los reconocidos Lucien Febvre y Fernand Braudel, y no puedo dejar de mencionar

que su producción intelectual ha venido a mi memoria mientras leía la obra que aquí reseño. Hay, como digo, en todos y cada uno de los capítulos del libro de los hermanos Santana Pérez un poso clásico en la presentación y en la disposición de un trabajo atento al medio natural, pero que, sin embargo, presenta una gran novedad -tal y como sus autores se afanan en recordar- en lo que respecta al marco geográfico: frente a las perspectivas insulares o archipiélagas que han poblado la historia de las islas del Atlántico, *Puertas en el Mar* es una llamada a huir de la tan recurrente singularidad isleña para trazar una visión que evite la fragmentación apoyándose en corrientes historiográficas tan solventes como la articulada en torno a la historia atlántica.

Ciertamente, si la imbricación de ambas orillas del Atlántico ha gozado de muy buena salud para conformar un análisis histórico transnacional y un relato común, se diría que, al mismo tiempo que esa construcción historiográfica se perfeccionaba, las islas fueron presentadas de manera recurrente como simples correas de transmisión de un engranaje imperial. La aproximación a su estudio, con una vocación atlántica, ha tendido, a este respecto, a hacer de ellas piezas imprescindibles en los esquemas de proyección de las monarquías ibéricas, aunque sin atender a la agencia de las comunidades que las poblaron. Frente a ello, *Puertas en el Mar* es una obra particularmente preocupada por las trayectorias de estas comunidades insulares desde una perspectiva que se centra en las actividades cotidianas y en la que los contactos entre archipiélagos (a la manera de lo apuntado por Charles Boxer para las relaciones entre Brasil y las costas africanas en el Atlántico Sur) no necesariamente dependen de las estrategias dispuestas en las cortes ibéricas; por el contrario, los autores convienen en que esos contactos entre los agentes que hicieron de la Macaronesia un espacio propicio para la circulación de personas, bienes e ideas fueron a menudo autónomos y no obligatoriamente complacientes con las disposiciones propuestas desde el continente europeo. En este sentido, la apuesta del libro por presentar las relaciones de estas islas con África más allá de los flujos vinculados a las comunicaciones establecidas desde la península Ibérica con el mundo americano, de una parte, y con los enclaves que hicieron posible la *Carreira da Índia*, de otra, abre una nueva ventana para un entendimiento integral de la región mediante el análisis de una realidad complementaria a estos dos ejes clásicos.

África y sus conexiones con las islas atlánticas más próximas a sus costas ofrecen en el libro claves explicativas para comprender flujos interinsulares habitualmente pertenecientes a una escala menor, pero no por ello con menor incidencia en la conformación de una idiosincrasia particular en la que las islas surgen a la manera de oasis de vida en un mar tenebroso. Es mérito de los autores integrar esa historia africana en una historia ibérica; tarea esta que quizás cobra más sentido si de lo que se trata es de integrar esa historia de los ibéricos en una historia global del continente africano en la que los archipiélagos macaronésicos son sus vías de entrada al mar. Es así como se entienden las expediciones desde Gran Canaria a los Ríos de Guinea ya en el año 1500 que sirven para llevar el ñame y el plátano a las islas, para saltar más tarde a América, o la introducción del dromedario como un animal de carga, que también servirá para abastecer de carne a algunas islas del archipiélago canario durante los siglos modernos, por citar sólo dos ejemplos ilustrativos de esta realidad. La pesca, otro de los sectores de la economía macaronésica de subsistencia, también indica una estrecha relación con las costas africanas, sobre todo, en lo que respecta al aprovechamiento del banco

canario-sahariano; los pescadores canarios, explican los autores de *Puertas en el Mar*, pactaban con árabes y bereberes que habitaban la costa norte de Mauritania y podían incluso ir contra otros grupos de cristianos para garantizar su propia supervivencia y el acceso a los ricos recursos piscatorios entonces en juego.

Pero, sin duda, fue el comercio de esclavos –nos recuerdan– aquel que más contribuyó a una aproximación a África. Frente a la idea de un control efectivo por parte de las monarquías ibéricas en este sector (a través de la Casa da Índia, en Lisboa, y la Casa de la Contratación, en Sevilla), los hermanos Santana Pérez explican que el contrabando fue una práctica habitual y que los intentos por dirigir todos los esclavos africanos a la península Ibérica para desde ahí ser enviados a América, que tuvieron lugar a comienzos del siglo XVI, fueron del todo infructuosos. Las islas se convirtieron así en entropuestos activos (con menos pujanza a partir del siglo XVII) desde los que se introducían mercancías europeas en las tierras africanas a cambio de esclavos que, por regla general, atravesaban el Atlántico rumbo a América, constituyendo la prueba más evidente del engarce de las islas en un sistema económico que puede ser definido como mundial. Es esta circunstancia la que permitirá un fuerte crecimiento económico y el florecer de grandes mercaderes, si bien, al mismo tiempo, un reparto desigual de la riqueza traerá consigo una serie de conflictos sociales, que también son inventariados con precisión por los autores de *Puertas en el Mar*, así como otras estrategias –otras armas blandidas por los débiles, podríamos decir parafraseando a James C. Scott– tales como la emigración clandestina a América o la huida de las poblaciones esclavas al interior de islas como Madeira o São Tomé, aun cuando la formación de palenques o quilombos se viese dificultada por las reducidas dimensiones de esas ínsulas. En todo caso, especial atención merece el escenario canario por contar las islas del archipiélago con población indígena anterior a la llegada de los europeos; población ésta que padeció también la esclavitud y que se vio afectada por un dramático descenso demográfico en el siglo XVI, que haría necesario recurrir a mano de obra (esclava) procedente de otros espacios geográficos.

Esos movimientos poblacionales no sólo condicionaron la administración y la defensa de los archipiélagos, cuyos cargos fueron generalmente ocupados por las élites locales, como se expone en uno de los capítulos finales de la obra, sino que dieron pie a una serie de imaginarios insulares, muy influenciados por la pluralidad y la diversidad de las poblaciones asentadas en la Macaronesia. Los miedos isleños, frente a invasiones de corsarios y piratas, fueron, eso sí, comunes a todos los archipiélagos, en los cuales se registraron además temores ante posibles ahogamientos de los pescadores o la aparición mitológica de monstruos marinos, dando cuerpo a un interesante bestiario en el que las influencias de ámbitos ajenos a la cristiandad eran habituales. Es esa la realidad histórica de la Macaronesia, puede concluirse: en sus archipiélagos, la cultura insular se fue conformando a partir de una matriz ibérica sin dejar a un lado ciertos rasgos de las poblaciones africanas (bien, originarias, como en Canarias, o bien, introducidas a la fuerza desde el ámbito subsahariano tras la llegada de los ibéricos), así como las particularidades de otras pequeñas comunidades que, desde otros espacios, también hicieron suyas las islas.

Esa composición, pues, en la que África juega un papel no menor es la que parece estar detrás de la decisión de no incluir las Azores (ubicadas, además en el tornaviaje desde América) en este estudio, si bien cabría haber considerado que las relaciones de Madeira y Canarias con las *Islas Terceras* debieron de ser, en el

pasado, mucho más estrechas que los contactos que se pudieron entablar desde el archipiélago canario con Annobón o Santa Elena. Sin embargo, preguntarse si la inclusión de las islas Azores en *Puertas en el Mar* habría ofrecido una visión más apurada de los archipiélagos analizados en sus páginas pertenece ya al campo de la más pura elucubración y, además, no habría permitido hablar con propiedad de esas islas africanas del Atlántico (como, por otro lado, se indica en el título de la obra). Si, tal y como afirman los autores en la introducción, su deseo es que en un futuro nuevas investigaciones den continuidad a las teorías formuladas y al marco explicativo utilizado en esta obra, es muy probable que una conexión con esas islas del Atlántico Medio sea un paso obligado en los próximos años. Cualquier lector de *Puertas en el Mar* encontrará pistas y estímulos más que suficientes en esta obra fascinante para emprender esa nueva tarea, y puede que esa capacidad para despertar el interés por la región sea la mejor demostración del valor de una obra de referencia como la escrita por los hermanos Pérez Santana. Su periplo por archivos de toda condición –desde los más conocidos para los estudiosos del mundo ibérico, como son Simancas o Torre do Tombo, a otros no de tan fácil acceso como los ubicados en Bissau o Mindelo, en Praia o en Rabat– es también la realidad que le esperará a quien quiera emular, aunque sólo sea de lejos, a estos dos argonautas del Atlántico: nada como conocer el terreno y sus gentes para poder escribir sobre él.

David Martín Marcos
Universidad Nacional de Educación a Distancia
<https://orcid.org/0000-0003-1270-4163>
dmartinmarcos@geo.uned.es